

MARCHENA, JOSÉ (1768-1821)

*ODAS*

I

Sueño de Belisa

II

Belisa en el baile

III

El estío

IV

A Meléndez Valdés

V

A Chabanó

VI

A Lícoris

VII

La Revolución Francesa

VIII

La primavera

IX

El amor rendido

X

A Carlota Corday

XI

El canto de Amarilis

XII

Al rey intruso José Napoleón cuando entró en Córdoba en 1810

*ODAS*

# I

## *Sueño de Belisa*

Belisa duerme: el céfiro suave  
agita la violeta blandamente;  
el arroyuelo corre mansamente,  
y el padre Tormes con su ruido grave  
teme inquietar su sueño regalado;  
el Sol desde el Ocaso  
lanza lánguidos rayos;  
el Amor recostado  
sobre el tierno regazo  
de Belisa, le guarda el dulce sueño.

El cefirillo vivo  
en fragantes olores empapado,  
retozón y lascivo  
ora el seno nevado  
agita licencioso,  
ora más atrevido  
el labio sonrosado,  
el labio de carmín besa amoroso.

¡Oh sueños verdaderos,  
sueños que a los mortales  
dicha pronosticáis o desventura!  
Venid, venid ligeros:  
ablandad ¡ay! la dura  
condición de Belisa, y sus desdenes;  
y mis acerbos males  
mudad en un instante en dulces bienes.

Pintadle mi cariño respetoso,  
y mi amante constancia y mi firmeza,  
y mi ardiente pasión impetuosa;  
quizá que ella piadosa  
deponga su fiereza,  
y me quiera una vez hacer dichoso.

Sueño; pues tú amansaste los rigores  
de la que el dulce canto  
de Batilo esquivaba,  
de Batilo el honor de los pastores;  
si te mueve mi llanto,

mi llanto que apiadara la onza brava,  
de mi Belisa muda los desvíos  
y... Mas ella despierta,  
y su dulce sonrisa  
es una prueba cierta  
de que el Sueño escuchó los votos míos.

Mas ¡ay! que ella me llama; fuente pura,  
pintadas florecillas,  
y vosotras parleras avecillas  
celebrad a porfía mi ventura.

## II

### *Belisa en el baile*

Cual rosa sobresale entre las flores,  
o cual la luna en la mitad del cielo  
a las estrellas todas señorea;  
cual entre chozas de pajiza aldea  
se levanta del suelo  
el erguido palacio; así Belisa  
abrasando de amor a mil pastores  
entre las zagalejas sobresales,  
y todos los zagales  
la danza y las pastoras descuidando  
absortos a Belisa están mirando...

Los sus ojos de fuego  
que de un azul brillante  
el Amor ha pintado  
doquiera que los pone abrasa luego;  
ni hay corazón helado  
que su mirar no encienda en un instante.  
El rubio y rizo pelo  
en ondas mil de oro al aire dado  
por el cuello nevado  
desciende en largas trenzas hasta el suelo.

Cual se ve entre celajes  
Febo en Abril sereno  
ya cerca de Occidente,  
tal por entre las gasas y plumajes  
se columbra tal vez el blanco seno  
y su pecho que late blandamente.

Mas ella a danzar sale: las zagalas  
le ceden envidiosas  
el puesto: avergonzadas  
la maldicen llorosas  
con su belleza airadas;  
mas la pastora amable  
desarma su furor con risa afable.

¡Cuán concertadas son sus cabriolas!  
¡Cuán muelle el paso! ¡Qué animado el gesto!  
¡Qué viveza en la acción! ¡Cuánta finura  
del cuerpo en el contorno delicado!  
Las Gracias y el Amor la han maestrado  
y a rendir corazones la han dispuesto.  
¡Oh fatal condición! ¡Oh pena dura!  
Belisa, que los Cielos han formado  
para inspirar amor a los mortales,  
de amorosos cuidados  
exenta y libre su poder ignora.

Amor; tu harpón dorado  
asesta y hiere de Belisa el pecho;  
yo besaré gustoso mis cadenas;  
voluntario me echo  
el dogal apretado,  
y de hoy más tu cautivo me confieso,  
si tus grillos de lirios y azucenas  
a mi Belisa echases  
y en una misma cárcel nos juntases.

### III

#### *El estío*

Del álamo frondoso  
las verdes hojas ya se han marchitado;  
el segador cansado  
en mitad de la mies toma reposo.  
Por aquí un arroyuelo bullicioso  
con aguas cristalinas corrió antes,  
ora un aire inflamado  
y de la seca arena el polvo ardiente  
enciende al fatigado pasajero.

Un delicioso otero  
del Tormes rodeado

con su sombra suave nos convida,  
do el aromado ambiente  
del céfiro empapado  
en olores fragantes  
de millares de flores  
su blando soplo espira a los amantes.  
Todo respira amores;  
las tiernas palomillas  
con ardientes arrullos repetidos  
muestran su amor; las tristes tortolillas  
con profundos gemidos.

Allí, mi bella Emilia, viviremos  
lejos del mundo, libres de cuidados;  
las vacas por el día ordeñaremos;  
ornaré yo tus sienes  
de azucenas y rosas,  
y en amantes delicias anegados  
de la vida las sendas espinosas  
sembraremos de bienes.

Emilia, bella Emilia, ¿qué tardamos?  
Huye la vida, y vuela presurosa;  
antes que nos sepulte eterno sueño  
¡ay! ¿por qué los placeres no gustamos?  
Olvidemos la ciencia fastidiosa,  
depongamos el ceño,  
a Amor sacrifiquemos  
y sus dulces deleites ¡ay! gocemos.

#### IV

##### *A Meléndez Valdés*

Desciende, del sagrado  
monte, Calíope santa, y las loores  
de Batilo me inspira; dí cuál fuera  
de los brazos de Baco y los amores  
por Temis arrancado;  
cuál la Diosa severa  
blandir le enseña la amenazadora  
espada del delito vengadora.

La espada que tajante  
en tu mano, Batilo, al poderoso  
opresor amenaza herida y muerte.

Ya pálido el malvado poderoso  
vacilar su constante  
potencia de tu fuerte  
brazo impelida mira, y ya caído  
asombro es del tirano aborrecido.

Temis torna a la tierra  
y en Celtiberia pone su morada;  
por ti, justo Batilo, desde el cielo  
a los mortales otra vez bajada;  
la codicia, la guerra  
sangrienta, ya del suelo  
celtíbero huyen lejos, y vencidos  
al cielo alzan los monstruos sus bramidos.

Otro tiempo el Tonante  
sus rayos encendidos fulminaba  
contra el tirano duro y ambicioso;  
su fuego abrasador aniquilaba  
las puertas de diamante,  
y el déspota orgulloso  
mientras fiado en la lealtad dormía  
de sus guardas, con ellos junto ardía.

Tal el desapiadado  
Lycaón, y tal el suegro de Linceo  
sufren pena y tormentos inmortales;  
que no borran del pálido Leteo  
las aguas el pecado,  
ni se acaban los males,  
antes Alecto del azote armada  
cruda castiga la nación malvada.

Mas ora el inocente  
opaco bosque, y la floresta amena  
de Júpiter airado los rigores  
siente, y burla el perverso de la pena  
debida a sus horrores,  
y el cielo le consiente;  
Huyamos ¡ay! las tierras habitadas  
de iniquidad y vicios infectadas.

V

*A Chabanó*

Las humildes mansiones  
desaparecen del linaje humano,  
y las nubes preñadas  
mis plantas huellan: lejos ¡oh profano  
vulgo! a ti no son dadas  
las sagradas armónicas canciones  
oír que Apolo inspira,  
no el oír los tonos de la acorde lira.

Rásgase el mortal velo,  
que al hombre siempre encubre tenebroso  
los sublimes arcanos,  
que intenta en vano escudriñar curioso;  
y a ti, Chabanó, en manos  
de la sabia Minerva, al alto cielo  
arreatado veo,  
cual lo fuera en otro tiempo Prometeo.

Las leyes de natura  
sublimes y sencillas, ilustrado  
con la antorcha Febea  
la Diosa ante tus ojos ha mostrado;  
cómo una misma sea  
la que del monte en la caverna oscura  
forma el oro y contiene  
los mundos que en sus órbitas retiene.

El oro apetecido,  
que guerra y muertes trujo a los mortales  
y que escondiera en vano  
la tierra en sus entrañas: ya los males,  
la codicia, el insano  
furor a luz se muestran, del sumido  
pozo con él parecen;  
inocencia y candor desaparecen.

El mercader las naves  
avaro apresta; el Aquilón sañudo  
en vano se embravece,  
y las olas del mar azota crudo;  
el oro que se ofrece  
a su esperanza busca y las suaves  
playas trueca cuidadoso  
por el mar alterado y borrascoso.

No así bajo el reinado  
del buen Saturno; que en inalterable  
paz el mundo vivía,  
y la doncella tímida y amable  
su favor concedía  
por premio de sus ansias a su amado;  
mas ora la riqueza  
¡oh mengua! compra y goza la belleza.

## VI

### *A Lícoris*

Después de un año entero  
Venus ¡ay! no te cansas de abrasarme,  
ni tú, Cupido fiero,  
con inmortal dolor de atormentarme,  
aunque en llanto sumido,  
y de pena me tengas consumido.

El congreso sagrado  
que en Francia destruyó la tiranía  
por otros sea loado,  
y del brazo francés la valentía,  
que hiende en un instante  
del despotismo el muro de diamante.

El pueblo su voz santa  
alza, que libertad al aire suena;  
el opresor se espanta,  
y la copa del duelo bebe llena  
que en crueza ceñido  
ya hizo apurar al pobre desvalido.

¿Quién podrá dignamente  
cantar los manes de Rousseau, clamando  
libertad a la gente,  
del tirano el alcázar derrocando,  
la soberbia humillada,  
y la santa virtud al trono alzada?

Que yo en amor ardiendo  
sólo a Lícoris canto noche y día,  
Lícoris repitiendo  
por la montaña y por la selva umbría,  
la cítara tocando,

y de mis ansias el ardor templando.

Los besos amorosos  
que cogí de su boca regalada,  
más dulces, más sabrosos  
que la ambrósia por Hebe derramada;  
su blanda resistencia  
que grata convidaba a más licencia.

Y mis glorias pasadas  
canto por siempre ¡ay! ya desaparecidas,  
tan por mi mal halladas  
y cual tenue vapor desvanecidas.  
¡Oh tiempo, cuál volaste,  
y en qué dolor sumido me dejaste!

## VII

### *La Revolución Francesa*

Suena tu blanda lira,  
Aristo, de las Ninfas tan amada,  
cuando a Filis suspira,  
y en la grata armonía embelesada  
la tropa de pastores  
escucha los suavísimos amores.

Mientras mi bronco acento  
dice del despotismo derrocado  
de su sublime asiento,  
y con fuertes cadenas aherrojado  
el llanto doloroso  
al pueblo de la Francia tan gustoso.

Cayeron quebrantados  
de calabozos hórridos y oscuros  
cerrojos y candados;  
yacen por tierra los tremendos muros  
terror del ciudadano,  
horrible baluarte del tirano.

La libertad del cielo  
desciende, y la virtud dura y severa;  
huye del francés suelo  
el lujo seductor, la lisonjera

corrupción, el desorden;  
reinan las leyes con la paz y el orden.

El fanatismo insano  
agitando sus sierpes ponzoñosas  
vencido clama en vano;  
húndese en las regiones espantosas,  
y con él es sumida  
la intolerancia atroz aborrecida.

Dulce filosofía,  
tú los monstruos infames alanzaste;  
tu clara luz fue guía  
del divino Rousseau, y tú amaestraste  
el ingenio eminente  
por quien es libre la francesa gente.

Excita al grande ejemplo  
tu esfuerzo, Hesperia: rompe los pesados  
grillos, y que en el templo  
de Libertad de hoy más muestren colgados  
del pueblo la vileza,  
y de los Reyes la brutal fiereza.

## VIII

### *La primavera*

¿Ves, hermosa, la fuente que bullendo  
el céfiro menea blandamente?  
Amor la agita: mira su corriente  
hacia el amado arroyo huir riendo.

Mira volar la abeja susurrante  
en torno de las violas olorosas,  
y su néctar le ofrecen amorosas,  
zagala; que es la flor también amante.

¿No escuchas gorgear los ruiseñores,  
de aguda flecha el tierno pecho heridos,  
y en melodiosos trinos no aprendidos  
explicar sus dulcísimos amores?

¿No ves las palomillas amorosas  
exhalar sus arrullos inflamados?

¿Los pichones no ves enamorados  
responder en querellas cariñosas?

Todo es amor; la alegre primavera,  
al universo nueva vida dando,  
naturaleza yerta va inflamando,  
que Enero con su escarcha entorpeciera.

Y tú, por más que lo rehuyas dura,  
has de rendir a Amor el cuello erguido,  
que todo se avasalla ¡ay! a Cupido:  
tal es la ley eterna de natura.

## IX

### *El amor rendido*

Las pesadas cadenas  
del despotismo atroz ufano hollando,  
cantemos, lira mía,  
el acordado tono al cielo alzando,  
la presente alegría  
y las pasadas penas;  
libertad sacrosanta, tú me inspira;  
que sólo libertad suene mi lira.

Mientras fue mi morada  
la esclava Hesperia, del rapaz Cupido  
la flecha penetrante  
de aguda llaga el corazón ha herido;  
hoy peto de diamante  
a su punta acerada  
oponer quiero, y, de firmeza armado,  
sus amenazas arrostrar osado.

¡Oh deidad inclemente!  
¡Oh Cupido implacable! ¡Oh santo cielo!  
¿Qué beldad peregrina  
Viene a las Galias del hesperio suelo?  
¡Oh belleza divina!  
A tus pies reverente  
me postro humilde, y ante ti rendido,  
Amor, confieso a voces, me ha vencido.

Al duro yugo atado

la cerviz humillada, al fiero en vano  
perdón ¡ay Dios! le pido;  
que en mis lloros se ceba el inhumano,  
y al carro en triunfo uncido,  
con el dedo mostrado,  
el quebrantado cuerpo puede apenas  
arrastrar las gravísimas cadenas.

De mis ojos cansados  
huyó por siempre el apacible sueño,  
y en perenes raudales  
de amargo llanto el porfiado empeño  
de mis penosos males  
en mi daño obstinados  
¡ay! los ha para siempre convertido,  
y en quebranto inmortal ¡ay! me ha sumido.

Deidades sacrosantas  
que en Olimpo subido hacéis manida,  
muévaos mi humilde ruego;  
apagad en mi pecho la encendida  
llama de amante fuego;  
postrado a vuestras plantas,  
de vos aguarda un triste este consuelo;  
mas ¡ay! que al desdichado es sordo el cielo.

¡Oh deidad sobrehumana!  
A ti fue dado, hermosa, solamente  
la pasada alegría  
tornar ¡ay triste! al corazón doliente;  
ablanda, diosa mía,  
tu condición tirana;  
mira cuál a tus pies ruego amoroso;  
di una sola palabra, y soy dichoso.

X

*A Carlota Corday*

¡Oh pueblo malhadado!  
Con mil cadenas tu cerviz altiva  
amarrará a su carro la anarquía;  
de libertad te priva  
el padre de los dioses indignado,  
en pena de tu infame cobardía,

hasta que con altares  
la diosa que ofendiste aplacares.

De Bruto el alma santa,  
rasgando las esferas celestiales,  
en ti vino, y tu diestra generosa  
de sus armas fatales  
a los tiranos, ciñe. ¡Ay! cuál levanta  
el vulgo vil al cielo su espantosa  
voz por su soberano,  
muerto, Carlota, por tu noble mano.

El fragoso camino  
es este del Olimpo; el inflexible  
Catón y Marco Aurelio por él fueron;  
por él siguió el terrible  
azote de los reyes, el divino  
Rousseau; por él los dioses concedieron  
escalar las moradas  
a las divinidades reservadas.

Salve, deidad sagrada;  
tú del monstruo Sangriento libertaste  
la patria; tú vengaste a los humanos;  
tú a la Francia enseñaste  
cuál usa el alma libre de la espada,  
y cuál sabe inmolar a sus tiranos;  
tú abriste la carrera,  
y en la lid te lanzaste la primera.

De tu pueblo infelice  
sé deidad tutelar: ¡Oh! no permitas  
que a la infame Montaña rinda el cuello.  
Mas ¡ay! que en balde excitas  
con tu ejemplo el vil pueblo que maldice  
el brazo que le libra. ¡Ay! que tan bello  
heroísmo es perdido,  
y pesa más el yugo aborrecido.

Que en las negras regiones  
las Furias hieran con azote duro  
del vil Marat el alma delincuente;  
que en el Tártaro oscuro  
sufra pena debida a sus acciones,  
y del gusano eterno el crudo diente  
roa el pecho ponzoñoso,

¿será por eso el pueblo más dichoso?

La libertad perdida  
¡ay! mal se cobra; en pos de la anarquía  
el despotismo sigue en trono de oro;  
su carro triunfal guía  
la soberbia opresión; la frente erguida  
va la desigualdad, y con desdoro  
el pueblo envilecido  
tira de su señor al yugo uncido.

¡Oh diosa! los auspicios  
funestos, de la Francia ten lejanos;  
torne la libertad a nuestro suelo;  
así con puras manos  
los hombres libres gratos sacrificios  
te ofrecerán, Carlota; tú del cielo  
donde asistes, clemente  
protege siempre la francesa gente.

XI

*El canto de Amarilis*

Quitad allá las ciencias,  
dejadme mis amores.  
allá dispute el sabio,  
otro piense, y yo goce.

Denme a mí de Amarilis  
oír los cantos acordes,  
que encienden en mi pecho  
mil amantes ardores.

Que Florián a Trigueros  
le colme de loores,  
que Forner satirice,  
y Guarinos elogie;

y que estas necedades  
diviertan a la corte,  
¿qué a mí, que odio los lauros  
de Minerva y Mavorte?

¡Oh, pueda yo beodo

las suavísimas voces  
escuchar de Amarilis,  
y arder en sus amores!

La vida es deleznable,  
veloz el tiempo corre;  
pues gocemos placeres,  
y evitemos dolores.

¿No ves marchito el prado,  
y secas ya las flores?  
¿No ves de escarcha y hielos  
coronados los montes?

Unas en pos de otras  
se van las estaciones;  
la juventud con ellas  
¡ay! huye y los amores.

Ligero el tiempo vuela;  
pues ¡ah! no le malogres.  
¿Qué sabes si más vida  
te conceden los dioses?

Ya he visto yo los filos  
de las tajantes hoces  
segar la seca espiga  
con las lozanas flores.

Vivamos y gocemos  
antes que triste llores  
tu engaño, y tu hermosura  
la llames y no torne.

## XII

(Traducción de Horacio)

Vana sabiduría,  
de tu resplandor falso deslumbrado,  
ya largo tiempo erré sin norte o guía;  
ora al camino por mi mal dejado  
torno, y víctimas pías  
a Jove inmolaré todos los días.

A Jove que, lanzando  
con diestra firme el rayo fulminante,  
hendiendo va las nubes, y volando  
en alígero carro rutilante  
por el cielo sereno,  
crujen entrambos polos a su trueno.

Las selváticas tierras,  
los caudalosos ríos, el Averno  
y cuanto monstruo pavoroso encierras  
en tus entrañas, horroroso Infierno,  
todo a Jove obedece,  
todo su rayo horrísono estremece.

La fortuna inconstante  
con impulso ruidoso precipita  
cuanto alzaba al Olimpo su arrogante  
frente, y con mano poderosa excita  
el que en el polvo yace,  
y aquel que oscuro fuera brillar hace.

### XIII

#### *A Cristo crucificado*

Canto el Verbo divino:  
no cuando inmenso en piélago de gloria  
mas allá de mil mundos resplandece,  
y los celestes coros de continuo  
Dios le aclaman, y el Padre se embebece  
en la perfecta forma no criada;  
ni cuando, de victoria  
la sien ceñida, el rayo fulminaba,  
y de Luzbel la altiva frente hollaba,  
lanzando al hondo Infierno,  
entre humo pestilente y fuego eterno,  
la hueste contra el Padre levantada.

No le canto tremendo,  
en nube envuelto horrísonotonante,  
severas leyes a Israel dictando,  
del Faraón el pecho endureciendo,  
sus fuertes en las olas sepultando,  
que en los abismos de la mar se hundieron;  
porque en brazo pujante

Tú, Señor, los tocaste, y al momento,  
cual humo que disipa el raudo viento,  
no fueron; la mar vino  
y los tragó en inmenso remolino,  
y Amón y Canaán se estremecieron.

Ni en el postrero día,  
acrisolando el orbe con su fuego,  
le cantaré, su soplo penetrando  
los vastos reinos de la muerte fría,  
que arrancarse su presa ve bramando.  
Truena el Verbo, los mundos se estremecen,  
al voraz tiempo luego  
la eternidad en sus abismos sume,  
y lo que es, fue, y será, todo consume;  
empero eterno vive  
el malo, eterna pena le recibe,  
los justos gloria eterna se merecen.

Señor, cantarte quiero  
por los humanos en la Cruz clavado,  
el almo cielo uniendo al bajo mundo,  
libre ya el hombre, y el tirano fiero  
por siempre encadenado en el profundo  
Infierno con coyundas de diamante;  
do el pendón del pecado  
tremolaba, brillando la Cruz santa,  
tu Cruz, que al rey del hondo abismo espanta,  
cuando al oscuro imperio  
descendiste, del duro cautiverio  
tus escogidos a librar triunfante.

¿Qué es de tu antigua gloria,  
fiero enemigo del mortal linaje?  
¿Dó los blasones que te envanecían,  
dó está de Adán la culpa y su memoria,  
dó los que Rey del siglo te decían?  
¡Cómo el Hijo del hombre tu cabeza  
quebrantó con ultraje!  
Tú que en tu fuerza ufano te gozabas,  
tú que la erguida frente levantabas  
más que de Horeb la cumbre,  
¡oh coloso de inmensa pesadumbre!  
yaces, postrada al suelo ya tu alteza.

Del Oriente al Ocaso

en alas de mil ángeles pasea  
tu vencedora Cruz, Verbo divino;  
ni es de hoy más Israel único vaso  
de elección, que al altísimo destino  
de hijos de Dios nos elevó tu muerte;  
con tu Sangre la fea  
mancilla de la culpa en nos lavaste,  
y cual los querubines nos tornaste.  
¡Oh gloria sin segundo  
al Redentor, al Salvador del mundo,  
por quien nos cabe tan felice suerte!

Ya miro el venturoso  
día que tu Cruz santa el orbe hermana  
con vínculo de amor indisoluble;  
plácida caridad, almo reposo,  
y paz perpetua reinan; la voluble  
fraude tragó el Infierno en su honda sima;  
la libertad cristiana  
para siempre ahuyentó la tiranía,  
y los tiranos bajo quien gemía  
triste el linaje humano  
derrueca el Cristo con potente mano,  
que no quiere que al hombre el hombre oprima.

Sí, que nuestra ley santa  
es ley de libertad, y los tiranos  
en balde se coligan contra el Verbo;  
Él los quebrantará con fuerza tanta,  
cual león que destroza el flaco ciervo,  
cual rompe el barro frágil metal duro;  
iguales los cristianos  
y libres vivirán siempre sin sustos,  
el Cristo reinará sobre sus justos;  
el orbe renovado  
de la Sión celeste fiel traslado  
será, Señor, bajo tu cetro puro.

¡Cuál mi inflamado pecho  
ansía por ver tu gloria y las venturas  
del linaje humanal que redimiste!  
Ya de la edad presente el coto estrecho  
traspaso, y veo volar la serie triste  
de los males del tiempo venidero,  
y las culpas futuras;  
mas tu gracia, Señor, omnipotente

desciende en fin, y tórnase inocente  
el mundo iluminado  
con tu ley, y en tu amor santificado,  
y despojado del Adán primero.

#### XIV

##### *Apóstrofe a la libertad*

¡Oh lauro inmarcesible, oh glorioso  
hado de nación libre, quien te alcanza,  
llamarse con verdad puede dichoso!  
Libertad, libertad; tú la esperanza  
eres de cuanto espíritu brioso  
el despotismo en sus mazmorras lanza.  
Los pueblos que benéfica visitas,  
a vida nueva al punto resucitas.

El pueblo de Minerva, el de Quirino,  
si la historia pregonas sus loores,  
y si con esplendor lucen divino,  
del tiempo y del olvido vencedores,  
a la libertad deben su destino.  
La libertad regó las bellas flores  
que la sien de Fabricio y Decio ornaron,  
y a Foción y a Arístides coronaron.

A Jefferson y a Washington inflamas  
en tu sagrado amor, y otro hemisferio  
consume luego entre voraces llamas  
los monumentos de su cautiverio.  
Tu santo ardor por la nación derramas,  
y de las leyes fundas el imperio,  
siempre absoluto, porque siempre justo,  
que la igualdad social mantiene augusto.

#### XV

Al rey intruso José Napoleón cuando entró en Córdoba en 1810

De rosas y de mirto coronadas  
canten del Betis las festivas Drías  
al sol benigno que de luces pías  
viene a dorar sus márgenes sagradas;

sol de más dulce encanto  
que al que de luz fulgente  
visten las bellas Horas áureo manto;  
y al grato rayo de su ardor clemente  
la hermosa turba, en danzas extendida,  
nuevo amor las inflame y nueva vida.

Venció de Alecto la infernal caterva,  
y de Pirene hasta el hercúleo estrecho  
ardió en su llama el español deshecho.  
Nada la muerte a su furor reserva;  
yaces, mísera España,  
desolada al combate  
de la propia opresión y de la extraña;  
mas de la doble muerte que te abate,  
tu rey, astro de vida, te rescata  
y el bien por tu ancho término dilata.

Tal, esplendor benéfico sembrando,  
de entre las ondas del rosado Oriente  
nace del día el padre refulgente,  
los plácidos celajes matizando;  
y del Indo distante  
esparce el almo aliento  
en el carro de nítido diamante,  
al orbe mustio, de su luz sediento;  
hasta que la cuadriga voladora  
pisa otra vez los reinos de la Aurora.

Así el Betis te admira cuando goza  
a tu influjo el descanso lisonjero,  
al tiempo que de Marte el impio acero  
aún al rebelde catalán destroza.  
La paz que en tu semblante  
y que en tu pecho mora,  
nos fue presagio del feliz instante,  
término de la Parca destructora.  
gózale grata, en fin ¡oh patria mía!  
y honra a tu rey en himnos de alegría.

No el despótico error más inhumano  
te oprimirá en ignoble cautiverio,  
ni negará el laurel que en el imperio  
del primer Carlos pretendiste en vano;  
aurora sepultada  
en nublado día

fue aquella tu esperanza malograda,  
mas ya suelta la férrea tiranía,  
no clames, Betis, en tu orilla amena  
por las glorias del Támesis y el Sena.

Reinará la abundancia, y en su seno  
verás domar al piélago tus robles,  
y no quebrados tus intentos nobles,  
tu nombre antiguo gozarás de lleno;  
dos siglos son pasados,  
¡oh España! que no existes,  
cuando a impulso de genios elevados  
te ves nacer de entre fragmentos tristes;  
por tanta hazaña ¡oh Palas! ya previenes  
el más digno laurel de regias sienes.

Y así ¡oh gran rey! a su región te llama  
en que sólo ser puedes coronado,  
donde el Betis, del Tíber envidiado,  
por los tartesios campos se derrama;  
la antigüedad sagrada  
aquí al árbol dio asiento  
que es de la dulce paz insignia amada,  
y del culto de Palas ornamento;  
y aquí, de ciencia y paz doble corona  
hoy ha de darte el coro de Helicon.

Aquí el Elíseo campo venturoso  
pintó el cantor de la venganza argiva,  
y Argantonio y Gerión copia festiva  
aquí gozaron en feliz reposo.  
Aquí naturaleza  
prodigó sus delicias,  
porque del mar vencieran la aspereza  
púnicas proras, griegas y fenicias,  
hasta que la fortuna dio al romano  
el confín del incauto turdetano.

Febo de luz, más pródigo, le baña;  
vos dadle luz de amor más encendida;  
que él es, señor, delicia de la vida,  
como vos sois delicia de la España;  
ni recuerda memorias  
más de Minerva o Marte;  
que, despreciando sus antiguas  
ya su gloria mayor pone en amarte;

gozad, gozad su amor, y eternamente  
orne su verde oliva vuestra frente.